

EL SECRETO PLATONICO

EDUARDO SAXE FERNANDEZ

I

Isandro de Cízico a Espeusipo anteniense: prosperidad.

Que esta sea mi presentación y, al mismo tiempo, garantía para ti de que esta carta es mía: cuando estabas por casarte con Deinomaca, nuestro común maestro y tío tuyo, Platón, solicitó a su amigo Agias, el hijo de Arquitas y entonces Arconte de Tarento, ayuda para poder darle a su sobrina, que es prima y mujer tuya ahora, una dote de treinta minas. Yo, que entonces iba recomendado por Platón ante Agias, llevé conmigo la carta donde se hacía la solicitud y, como al poco tiempo de estar en Tarento Agias considerara que no quería tenerme cerca de él —a causa de motivos que ya sabrás—,

aprovechó el pedido de Platón para enviarme con el dinero de regreso a Atenas. Al desembarcar en el Pireo, bien recordarás, esperabas la nave en que yo venía, aunque no por mi presencia en ella, sino porque de ella recibirías cierto cargamento que te enviaban de Córcira, donde habíamos hecho escala. Estando la nave ya para atracar te divisé, y al bajar, después de saludarte te llevé aparte del tumulto y te dije: "Espeusipo, en esta bolsa traigo tu felicidad y tu hogar". Al escucharme primero no entendiste, después casi te molestas, y al final, al ver el contenido de mi saco, encontraste regocijo.

Junto con esta epístola te hago llegar un documento muy importante, relativo a tu venerado y ya difunto tío Platón. Me lo entregó hace algún tiempo Díon siracusano, días antes de que fuera asesinado, probablemente porque la situación en Siracusa ya era muy difícil para él, intuía acaso la traición de que sería objeto, y porque quería que ese documento fuera llevado a su dueño, Platón. No es sino ahora que puedo cumplir este encargo. Ya sabrás que enfrenté junto con los locrios el asalto bárbaro, y posteriormente los ataques de Timoleón corintio, y a resultas de estas acciones estuve postrado largo tiempo por una herida. Después, cuando regresé a Lacedemonia no fue sino para seguir atribulado, porque Filipo empezó su guerra contra la Hélade, y ya entonces Platón había muerto. Como ahora estás de Escolarca en la Academia y eres el heredero de tu sapiente tío, consideré justo que tuvieras contigo este peligroso documento, para que hagas con él lo que consideres más conveniente. Digo peligroso porque conoces la influencia que día a día adquieren nuestros enemigos, instigados por el odio de Aristóteles estagirita contra ti, desde que no fue designado para comandar la Academia, odio que a su vez se nutre del oro macedónico, por intermedio de Antipater. Si este documento llegara a sus manos nuestra empresa indudablemente padecería grave perjuicio. Lee el texto y entonces sabrás qué hacer con él. Por mi parte te garantizo que, aunque conozco el contenido porque al principio Díon no me indicó explícitamente lo contrario, juro que nunca he dado cuenta a nadie de lo que dice, y tampoco lo haré después de ahora.

Para que tengas completa seguridad, fíjate que el sello esté como ya sabes. En todo caso, Niocles arcadio, hijo de Menesicles, que te lleva la carta y quien ha sido mi mejor estudiante, no permitirá a nadie abrirla y a nadie la dará, y él tampoco verá su contenido. También te recomiendo a este joven para la Academia, pues ya conmigo no puede aprender más y anhela conocer el gran mundo. Ya sabe la geometría y la retórica, y tú deberás llevarlo a los otros lugares del conocimiento. Sé que te será útil y agradable. Dale algún trabajo y estudio en la Academia; puedes contar con su lealtad, y si quieres utilizarlo, hazlo. Quema esta carta después de verla, pero guarda su contenido contigo, ya por sí mismo, ya como memoria mía, y sé siempre el mismo.

II

Platón a Díon: felicidad.

Sabrás por ésta, en primer lugar, que ahora estoy en Megara, en casa de Euclides el geómetra y junto con otros compañeros atenienses. Mi familia

consideró este viaje lo más oportuno que podía hacerse, porque la situación en Atenas es difícil para nosotros. Anito, antiguo aliado de mi pariente Critias y actualmente adalid de la democracia, como hombre voluble que siempre ha sido, desde el pasado año nos amenazó, a mí en particular pero también a mis hermanos, con hacer denuncias sobre nuestras actividades durante el período que ahora llaman de los treinta tiranos, hace cinco años. Después, como ya conocerás con mucho detalle, y estando ya nosotros aquí, acusó a Sócrates y hoy, ¡Oh desdicha!, nos llegó la noticia de su muerte. De esta manera la democracia manifiesta su natural propensión, dando muerte al único hombre justo que tenía la ciudad, apegada el espíritu trágico que la conduce a su perdición, y a la elevación del más injusto de los hombres, el tirano que prevemos a poco mandará en Atenas.

Supondrás con acierto que la pérdida de Sócrates agobia nuestra alma. Por él llegué a liberarme de la esencia culpable y mortal que me mantenía en la oscuridad. Con su muerte, Sócrates nos ha indicado cuál es el verdadero camino de la virtud, y este aciago acontecimiento, sin embargo, me ha permitido escribirte después de tantos años de silencio, para que llegues a saber lo que antes te oculté. También para anunciarte mi resolución de abandonar definitivamente cualquier empresa política en Atenas. La ciudad está enferma, y hasta tanto los virtuosos no prevalezcan en ella, imperará la corrupción y los gobernantes perderán al hombre. Los partidos y gobiernos que existen actualmente, después de poco tiempo destruyen la parte de virtud que encarnan. Y ya conozco bien la naturaleza malsana del gobierno oligárquico, cuando estabas conmigo pero también antes, cuando mi tío Critias quiso introducirme en su política y me causó por esto el más grave daño que haya padecido mi alma. Y de la democracia ya imaginarás lo que pienso, después de lo que ha hecho con Sócrates.

Te explicaré el asunto tan difícil que nos separó, y permitirás que te cuente cómo fue que me perdí y luego pude volver a encontrarme, esta vez por la intervención de Sócrates.

Nunca entendiste la causa de mi disposición que tenía en aquellos años; no podía expresarte ni confesarte, por temor y lleno de culpa como estaba, lo que era infamante en mi alma, lo que me impuso pedirte aquel día infausto, conservar nuestra amistad desde la distancia, y que me dejaras. Comprendí y sufrí por tu resentimiento que tan mal disimulabas, y esa pena fue más grande cuando decidiste partir hacia Egipto, donde tanto soñáramos ir juntos. Hoy, que la muerte de Sócrates ha entrado en mi conocimiento, también mi alma se ha llenado de un poco de su coraje y de su virtud. Puedo decirte lo que nunca pensé contarte, y confiar en que recobremos la amistad casi perdida. Porque tengo hoy una firme voluntad para emprender nuevo camino, liberado de culpa, y para dedicar mi vida a la virtud y a la ciencia.

Lo que pasó, sucedió así: era aquel uno de los últimos días del otoño y en la ciudad empezaban los preparativos para la celebración dedicada a Dionisios. Con estas festividades también llegaría a término el penoso segundo año de mi efebía, castigado como estaba, de manera casi continua, por mi

Comandante de regimiento, desde que llegó como sustituto de Lamprón menestfada, ya que éste había muerto cuando los hombres de Trasibulo atacando desde el Pireo derrocaron a los Treinta. Yo, como sobrino del jefe del gobierno, Critias, era más que sospechoso de tener filiación oligárquica y filolacónica, y por ello se me daba ese duro trato en la milicia. Por eso la fiesta de Dionisos me traía esperanzas de alivio, aunque fuera en parte, del dolor que vivía.

Caminaba lentamente, era casi noche, y bajaba del Agora hacia el Gimnasio Licéico, para buscarte según habíamos convenido, cuando encontré a este hombre, Sócrates. Lo conocía de vista, por lo que de él tanto se hablaba, especialmente por lo que me contaba Glaucón, quien lo frecuentaba desde hacia algún tiempo. Y de rara manera me detuvo y me interpeló, con penetrante mirada y sonrisa burlona, preguntando de un solo tirón si yo era el hermano de Glaucón, sobre qué hacía, adónde iba, y por qué. Al terminar sus atropelladas preguntas, que más parecían venir de un inexperto joven que de aquel anciano de setenta años, se reía. Yo hice otro tanto, porque esa bárbara manera de hablar, en él no lo parecía, sino que, al contrario, yo sentía con cada pregunta como una llamada desde muchas partes, como una invitación para abrir puertas y salir al viento fresco y desconocido. Le dije quién era, cómo iba a buscarte porque así lo teníamos convenido. Pero no me dejó terminar, porque cortó mi palabra, tomándome del brazo para callarme, y me llevó a un patio, donde no se nos podría ver desde la calle. Dijo que estábamos cerca de su casa y que no querría encontrar a ninguno de su familia. Inmediatamente preguntó de nuevo lo que no me había dejado terminar de decirle, y cuando contesté esas cosas planteó otras nuevas. Su palabra y su presencia como que me hacían perderme de mí mismo, olvidé el compromiso que tenía y no noté que la noche seguía avanzando, ya imperaba sobre la ciudad.

La conversación proseguía, sus preguntas me obligaban a contarle poco a poco mis cosas, y él daba la impresión de conocer mejor que yo mismo lo que pasaba en mi alma y en mi corazón. Me llevó a confesarle que te guardaba secretos, y que estos secretos turbaban mi vida y me hacían temer tu alejamiento. Entonces, con el pensamiento pero sin decirselo allí mismo a Sócrates, supe que esa actitud mía contigo no era ninguna solución verdadera. También entendí, con espanto, que Sócrates conocía el secreto que yo tanto guardaba: hizo una pregunta muy directa e irónica, *la* pregunta. Asombrado, como que regresé a mí mismo, volví al lugar y a la hora donde estábamos, recordé que me esperabas, no quise que me obligara a decirle todo lo que de todas maneras él ya sabía, como un niño asustado enrojecí hasta la raíz del cuello, y con ademanes incongruentes, casi jadeante, huí corriendo de él.

Era muy tarde y pese a ello todavía me aguardabas: creías que me habían retenido en la guardia, que me habían dado renovado castigo. Yo no quise sacarte del error, mintiendo te dije que sí, que había tenido que quedarme en el puesto militar, te oculté el encuentro con Sócrates. Y esa fue la noche, bien recordarás, cuando vagando caminamos bajo la negra bóveda hasta las cercanías de Eleusis, por la playa. Esa noche, como nunca, me encon-

trabas lejano, imposible, lo cual te desesperaba. Apelabas a nuestra amistad para que te dijera lo que me sucedía, lo que de forma tan evidente me hacía sufrir, pero sin resultado. Mi temor era entonces extremo, y mayor la confusión. Sentía a mi izquierda el bramido marino y el infinito abierto y salvador; desde el costado derecho me llegaba el terror asimismo infinito que la Vía Sacra me producía, por lo que pronto sabrás. Pero en la mente se me imponía repetidamente la imagen de los labios de Sócrates, preguntando, “¿Entonces todos los otros murieron, y sólo tú quedas de los que fueron a Eleusis?”

Con esas imágenes y pensamientos caminaba al lado tuyo. Al regresar, cuando las sensaciones y las reflexiones me llegaban de inversas direcciones, la pregunta de Sócrates se seguía repitiendo pero de diferente manera: la vergüenza por no poder dejar de engañarte, la vergüenza por la forma como había dejado a Sócrates, eran la vergüenza que brotaba directamente de la infamia que me agobiaba. Y comprendí que la única solución era la respuesta obligada a la pregunta socrática.

Te pedí que nos separáramos una vez que llegásemos a la ciudad, porque tenía algo importante que hacer, algo que no podía explicarte en ese momento. Dejamos el paso tranquilo que traíamos, y apresurando la marcha pudimos subir por los restos de los Muros Largos cuando empezaba el amanecer. Te dejé cerca de la muralla, y solo y decidido caminé hacia el barrio de los artesanos, cerca del que estuve atisbando hasta que divisé al hombre que buscaba.

Lo llamé, me acerqué, quise arrodillarme a sus plantas pero no me lo permitió, sino que me tomó por los brazos y me levantó, obligándome a hablar de frente, mirando sus ojos: “Sí, Sócrates, le dije, sólo yo quedo vivo de los que fuimos a Eleusis por orden de Critias y matamos a esos hombres, mujeres y niños, en la carretera santa, cuando vinieron a pedirnos clemencia. Castiga ahora mi injusticia, denúnciame al tribunal. ¡Sálvame!”

Estuvo mirándome largo rato sin decir nada, así sostenido por los brazos como me tenía. Después sus ojos se apartaron, me soltó y dijo así: “El hombre es culpable por naturaleza. La injusticia llega a poseer a todos de una u otra forma, recibiendo o infligiendo el mal. Pero tú ya has padecido el mayor castigo, el divino que es el castigo del alma. Y el castigo de los hombres, ahora, te sería fatal y acaso inútil porque tu alma es inexperta. No te denunciaré a los tribunales, y tu pena ya ha sido impuesta por el tribunal de tu propia alma, ese tribunal que con el castigo que ya ha estado dándote puede también salvarte. Porque la iniquidad que encuentras en tu vida te hace despertar sobresaltado del sueño como los niños y los perros, estremeciéndote de terror vives esperando lo peor y engañando a cada paso a tu compañero Dión. Deberás esforzarte para vivir siendo lo mejor que puedas, en primer lugar separándote de tu amigo para que no sigas manchando esa amistad. Porque el juicio del alma es también el más duro e inescapable. Te exhorto hacia la virtud, la virtud que solamente comienza con el reconocimiento del pecado, para que lleves esta vida y esta prueba que declaro superior a todas

las pruebas del mundo mortal. Y te censuraré si no lo haces así, como si yo fuera tu propia alma viviendo fuera de ti, en mí. Porque si no lo haces así no podrás encontrarte en situación de ayudarte cuando llegue para ti la hora de esa justicia divina que, para tu suerte, ya tu alma te exige, aquí, como mortal viviente. Y debes sentirte mejor ahora, después que me has hablado, y llegar a saber que el alma es capaz de mantenerse siempre en el camino que lleva hacia arriba, pese a la pena que continuamente nos agobia. Por tanto, el castigo de tu injusticia no es el que imaginas, golpes y muerte, a los que hasta ahora te has sustraído por lo demás, sino que es un castigo que te forzaré a encontrar la virtud, es un castigo al que no es posible sustraerse porque está en nosotros mismos siempre, es un castigo que empieza en el mismo momento en que cometemos la injusticia. Pues quien comete injusticia y es injusto, ese es absolutamente miserable. Pero es más desdichado cuando no expía interiormente sus faltas y no sufre la pena de la culpa. Y el hombre es menos miserable y desdichado si expía la falta, porque así es como puede llegar a conocer verdaderamente la virtud y la verdad”.

¡Oh Dión! Perdonarás la incoherencia de mi relato. Pero es que quiero que entiendas todo esto, y que luego puedas encontrar nuevamente, en ti, el sentimiento que yo te guardo siempre, y que es el que me inclina a presentarme ante ti, ahora, como lo que he sido. No escribiré más ahora, sea éste el testimonio mayor de amistad que te tengo, y como recuerdo por Sócrates. Trata de comunicarte conmigo cuando el tiempo sea el propio. Yo estaría en disposición de ir a Siracusa, para vernos, y mientras tanto, encuentra alegría y mantente virtuoso.

Departamento de Filosofía
Universidad Nacional

NOTAS

(1) Sobre la matanza que los jóvenes efebos hicieron entre la población de Eleusis por órdenes de los Treinta, véase JENOFONTE, *Helénicas*, libro II, caps. III y IV.

(2) El discurso de Sócrates que aquí figura contiene textos tomados de PLATÓN, *Gorgias*, 472 y 526d y ss; *República*, 330d-331a; *Teeteto*, 176d. Cf. también PLUTARCO, *De sera numinis vindicta*, cap. IX.

